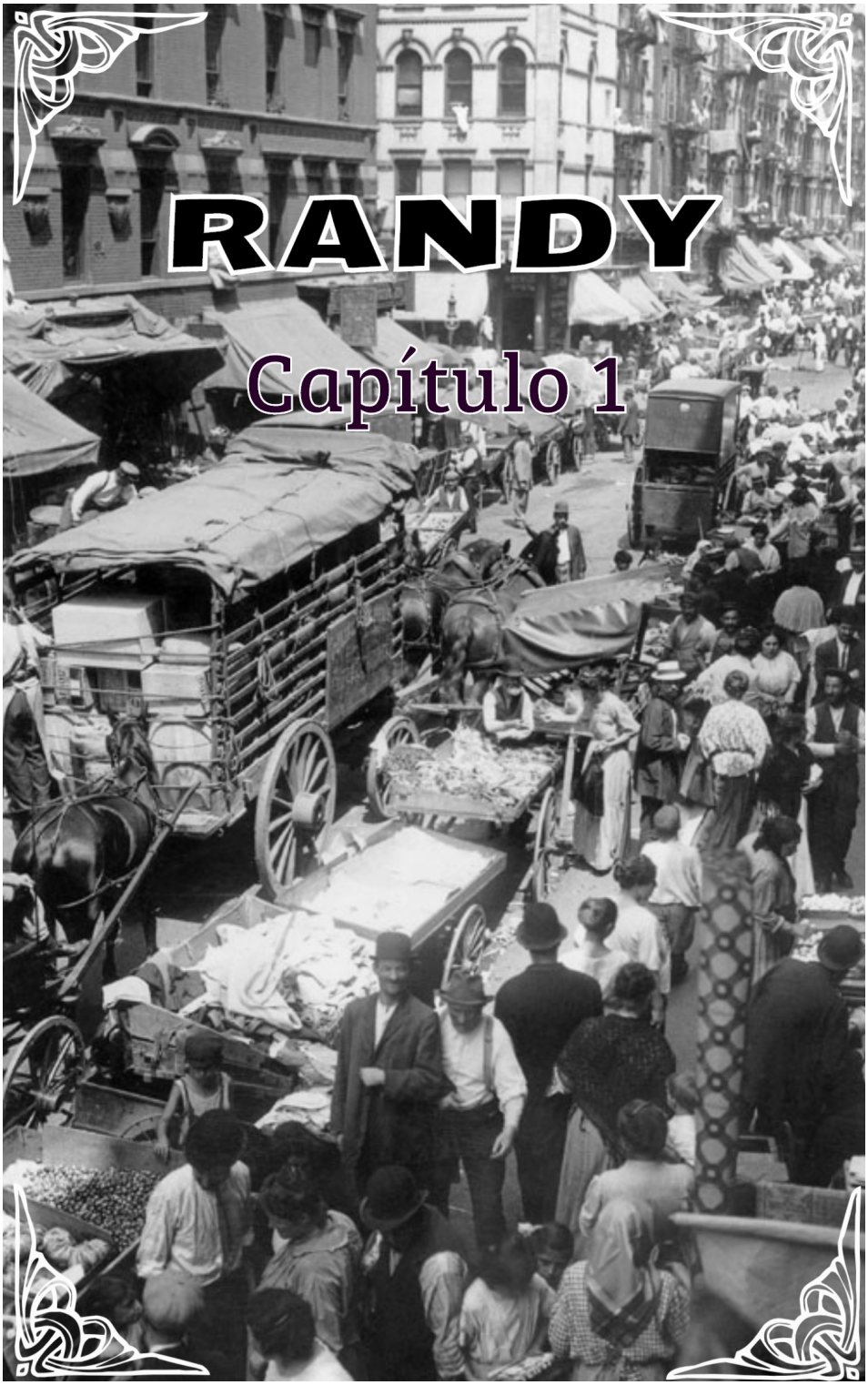
RANDY - CAPITULO 1

Randy Black



Capítulo 1

CAPÍTULO 1: AQUÍ SIGO

Siento mucho cansancio hoy, aunque creo que es normal debido al ejercicio que estuve haciendo ayer. Se escucha mucho ruido por los pasillos, esas paredes tan finas filtran cualquier mínimo sonido que se produce fuera de lo que yo llamo “mi hogar”.

Unos pasos se acercan a mi habitación, cada vez más intensos, hasta que alguien llama a la puerta: Toc! Toc!

— Señor Randy, su desayuno. ¿Cómo se encuentra usted hoy? — dice el cuidador que nos sirve los alimentos los días que no voy a ese solitario comedor.

— Buenos días, señor. Pues como siempre, esperando a que esto avance, como siempre digo, lo importante no es la rapidez con la que vaya, sino la dirección que lleve, y quien sabe si esta es la dirección correcta. — Contesto de una manera parsimoniosa.

Con el hambre que tengo, recibo muy gustosamente este trocito de pan caliente junto a un pequeño cuenco con mantequilla. Coloco en la bandeja color cobre sobre la mesa todo el desayuno para preparalo y coger energía para el día que me espera, hoy tengo una visita.

Abro un poco el trocito de tela que tengo para protegerme del sol por las mañanas en la ventana, ahora necesito esos rayos de luz para ver mi desayuno y disfrutar de él. Estoy deseando que abran las puertas para salir al aire libre, despejar la mente y volver a recordarme, lo que yo era y lo que he sido, y, sobre todo, el por qué; diariamente recapacito sobre todos los detalles de mi vida que han encontrado el presente destino.

Devoro el desayuno de una manera más cercana a un animal que a un humano, tanto que toda mi cara está manchada de mantequilla, lo noto en la barba, en las pestañas, incluso la cruz que cuelga de mi cuello contiene restos de comida.

El espejo nunca engaña, esa mirada al pasado, esa mirada a mi mismo que muestra y refleja lo que soy, un anciano de cuarenta años, con barba de cuatro días cerrada, ojos claros y cara de buena persona, mi cicatriz, que me hice de pequeño y que cruza la parte derecha de mi cara y que cada vez que la veo me hace recordar momentos difíciles, alopécico en gran medida, de mediana estatura, mis ropajes deshilachados, capucha del mismo color que mi túnica que cae detrás de mi cabeza, y esa cruz

colgada de mi cuello desde que tenía veintidós años, mi queridísima cruz de San Pedro, símbolo que posee un doble significado, el primero de ellos es el de los romanos que capturaron a San Pedro, lo llevaron al monte para ser crucificado; éste, alegando no ser digno de morir como su maestro Jesús de Nazaret, pidió ser crucificado al revés, de ahí esta irección invertida de mi amuleto. A su vez, los satanistas utilizan la cruz invertida como muestra de rechazo, provocación hacia el cristianismo y sus creencias, asociado así con el símbolo de satanás; y aunque no es exactamente lo que quiero representar con esto, se acerca mucho a mis pensamientos en determinados momentos de mi vida pasada, y gracias a Dios, de mi vida presente.

Toc! Toc! La puerta vuelve a sonar y la trampilla de la puerta de la habitación se abre violentamente dejándose ver, esta vez, un cuidador llamado Steff, uno de los más débiles de este entrópico lugar.

— ¿Ha desayunado ya señor? Ya sabe el procedimiento para salir al jardín, quedo a la espera. — Dijo el cuidador que nos guiaba hasta ese pequeño espacio abierto.

— Sí, permítame limpiarme un poco la cara y ajustar todos mis cinturones para salir, hoy es precisamente necesario despejar mi mente y salir ahí fuera, por cierto, ¿qué tal su mujer? ¿Se ha recuperado de esa enfermedad? —Digo con una sonrisa irónica en la cara.

Ya he comentado que en este recinto de finas paredes se escucha todo, incluso las conversaciones de los cuidadores, y en mi tiempo libre en estas cuatro paredes me dedico a estudiar y analizar todas las conversaciones, no tengo muchas más cosas que hacer, la mujer de Steff tiene una enfermedad rara diagnosticada recientemente, sus pies se iban desgastando poco a poco, como si de un gel se tratasen sus extremidades inferiores, quedando inmovilizada de por vida y sin cura alguna, o así me lo imagino yo.

— Por favor dese prisa señor Randy, el cinturón superior por favor. — Insiste Steff con ira en su mirada.

Sin dejar esa mueca de sonrisa en mi cara me ajusto el cinturón que me obligan a ponerme rodeando mi boca, evitando así poder atacar o herir a ningún otro interno o cuidador. Lo hago por rutina, nunca haría daño a nadie en un sitio así, siguen sin entender mis razones, mis costumbres y mi por qué. Una vez tengo colocado y apretado el cinturón, sin ser demasiado agresivo, ya que realmente hacía bastante daño en la parte anterior de la cabeza; coloco las manos a través de la pequeña apertura que tiene la puerta de salida, Steff ata mis manos entre sí con otro cinturón de cuero duro, lo coloca exactamente en la zona donde ya tenía la marca de tantos años, el cinturón se posa perfectamente en las marcas y surcos de mis muñecas; esta vez Steff aprieta con más fuerza de lo

normal ese cinturón, noto su ira en cada uno de sus apretones, tanto que en cada uno de ellos leo la ira que Steff me tiene, y cuanto más me oprimía, mayor es la sonrisa en mi cara, aunque él no puede verla.

— Retírese de la puerta, por favor Randy. — Pide Steff sin mirarme a los ojos y abriendo la puerta con esa gran llave oxidada.

Doy dos pasos atrás con los dos cinturones cuidando mi compostura, la puerta se abre delante de mí y me permite el paso a los pasillos del centro. Largos y laberínticos pasillos que conocía de emoria, a la izquierda los comedores, a la derecha los vestuarios, y algo más adelante las diversas puertas que me llevaban a mi jardín. Grandes llaves abrían día tras día cada una de las puertas que me daban paso al aire libre, conocía la banda sonora de cada llave abriendo cada uno de los grandes portones que nos separaban de la falsa libertad, una melodía armoniosa para mis oídos, oxígeno para mis pulmones, el azúcar en mi café.

— Tiene cuarenta minutos señor Randy. — Me dice un cuidador que debe ser nuevo, no le había visto nunca, pero él debía conocerme previamente, o le habían hablado de mí, lo noto en su mirada de aparente pero falsa valentía y puro miedo.

Este cuidador suelta el cinturón de mis manos y lo esconde de nuevo tras la puerta rápidamente, con un miedo solo habitual de un novato. Lentamente se queda mirándome tras la puerta, solo a través de la trampilla, intentando incluso ocultar su cara con las manos. Lentamente me quito el cinturón de la cara, es lo más incómodo que existe en este sitio, sinceramente, bajo mis manos con mi boca descubierta, pego una bocanada de aire fresco y guardo el cinturón dentro de mis pantalones, dentro de cuarenta minutos tendré que hacer uso nuevamente de aquel instrumento protector.

Aquel señor sigue me sigue observando mientras espera alguna reacción.

— Gracias amigo, ¿cuál es su nombre? — Pregunto con cierta sutileza y mostrando una confianza que evidentemente nunca llegará a ser cierta.

Lo único que puedo ver son sus ojos, que se abren más de lo normal y que de un portazo cierra la trampilla dejándome sin respuesta, y nuevamente solo.

Mi pequeño jardín, no tengo posibilidad desde hace varios años de encontrarme con otros internos, aquí solo estoy yo, de ahí que tenga tan pocas dimensiones esta zona exterior, aunque muy bien ajardinada, dos bancos de madera gastada y sin barnizar dejaban sus tablas a disposición de mi descanso, y detrás de los bancos unas hierbas que conozco muy bien de mi pasado en los campos, casi todas útiles, como la Lappa Bardana, planta utilizada como purificadora de sangre, con flores

espinosas verdes y púrpuras muy vistosas aquí. De muchas situaciones me ha sacado esta planta. Cerca se encontraba la Caléndula, que puede ayudar a curar mordeduras, picaduras, esguinces, dolor en los ojos, heridas, etc. Y finalmente mi planta preferida, se encuentra oculta entre unos rosales de la parte lateral pegada a las ventanas de las cocinas, la Cicuta Virosa, crece en sitios húmedos, cerca de tuberías, y precisamente aquí se encuentran varias tuberías en una de las paredes de ese jardín que da a la cocina, para dejar paso a un pequeño y maloliente desagüe que se encontraba detrás de los rosales. Esta planta puede llegar a crecer mucho, pero yo no le dejo que sobresalga de los rosales, ya que evidentemente ningún cuidador ni el maester conocen de la existencia de esta planta, tiene un característico olor a zanahoria, y conozco a muchas personas que han muerto por confundir la Cicuta Virosa con una hierba comestible, los síntomas pueden aparecer instantáneamente tras ingerirla, mucha producción de saliva, dolores estomacales, vómito, calambres duraderos, inconciencia y parálisis respiratoria; la única manera de combatir dichos síntomas y la muerte es con carbón medicinal, pero eso es otra historia. día está despejado, un buen día para recibir a mi más esperada y única visita desde hace años en el centro, sea quien sea, y sin conocer cuál sería su objetivo. Realmente estoy algo ilusionado. Me levanto, doy un paseo y me dirijo a la puerta esperando que venga aquel cuidador a llevarme nuevamente a mi habitación; calculo que esta persona vendrá pronto a verme, y debo estar preparado, o por lo menos, con la cabeza despejada.

...